

Capítulo 1

Oscuridad. Julia aún no se ha acostumbrado al silencio lleno de ruidos del bosque. En la ciudad los sonidos son diferentes; allí apenas se fija en nada y, sin embargo, aquí cada pestañeo parece atronador. Se levanta despacio, sin dar la luz, y se acerca a una de las ventanas. Camina envuelta en una manta, coge una silla y la coloca junto al cristal. Se sienta y, sin sacar los brazos ni las piernas del calor de la lana que la envuelve, observa la tormenta sin el menor atisbo de miedo.

Piensa en cuánto han cambiado las cosas. Hace nada hubiera estado aterrorizada hecha un ovillo en la cama de su madre ocultándose de los truenos y, sin embargo, ahora es capaz de disfrutar de la lluvia, de los escandalosos quejidos del cielo y del resplandor del rayo. Casi se siente guarecida por la tormenta, le recuerda a la ciudad. Ahora está aquí, y sola. Por un momento cierra los ojos y recuerda su casa, sus cosas, todo lo que antes era normal y ahora le parece tan lejano.

Su madre... Julia la echa tanto de menos... Siente que, después de aquello, de todo lo que pasó, es una persona diferente dentro de la misma carcasa. Cuando entró a trabajar en el centro era una niña cuyo único problema era llevarse mal con

su padre y no tener muy claro qué hacer con su futuro. Ahora ha perdido mucho: a su madre, la certeza de lo que está bien y lo que está mal y a dos de las personas más importantes de su vida, Lucas y Cris. Y Bruno, a él también lo ha perdido. Todo lo que creía real no lo era y aún no consigue acostumbrarse a esta incertidumbre, a la inseguridad. El miedo ha desaparecido, sí, al menos el de las tormentas; ahora tiene menos personas a quien querer y que la quieran, y mucho más temor a que todas ellas se marchen.

—¿Qué haces levantada, hija? —pregunta desde la puerta Alfonso, su padre, aún con cara de sueño.

—No podía dormir y me he quedado mirando la tormenta.

Alfonso se acerca a su hija y se sienta junto a ella.

—Es muy tarde.

Julia se encoge de hombros; no tienen nada que hacer al día siguiente, podrían incluso no levantarse de la cama en todo el día y daría lo mismo. Alfonso se da cuenta de lo que quiere decir su hija y asiente.

—Solo espero que los tomates no se estropeen con la lluvia.

Desde que se instalaron en la cabaña, hace ya cuatro meses, nada ha cambiado. Cuando se mudaron, allí había algunos alimentos, semillas y algo de ropa. Estaba preparada para sobrevivir una temporada, y con los conocimientos de su padre sobre la tierra, no han echado de menos prácticamente nada.

Julia le observa con ternura. Su padre está más delgado, parece mayor, más cansado, y sin embargo, entre ellos nunca han estado tan cerca. Se entienden. Llevan cuatro meses viviendo solos y han conseguido disfrutar de su compañía; Alfonso, con su huerta y enseñándole todo lo que sabe a Julia de cocina, y ella aprendiendo a disfrutarlo. Pero ella ve en los ojos de su padre cuánto echa de menos a Rosa, justo ahora que había empezado a recuperarla. Antes nunca hablaba de ella, y sin

embargo, ahora su nombre está cada día entre los labios de Alfonso. Julia se alegra, aunque le duela.

—¿Dónde estará tu hermano? —pregunta con rostro preocupado.

—Pues espero que bien lejos.

—No digas eso —dice Alfonso con reprobación.

—¿Qué quieres que diga? Quiso matarme...

—Seguro que ha recapacitado.

Han tenido esta conversación alrededor de un millón de veces y siempre se repite más o menos igual.

—Algún día tendremos que salir de aquí, ver qué hay fuera —dice Julia para cambiar de tema.

Alfonso mira a su hija con miedo, incluso con pánico.

—No quiero perderte a ti también.

Julia no soporta verlo así, le coge de la mano y le susurra:

—Tranquilo, no lo harás, no me marcharé.

Y mientras dice esto se pregunta cuánto tiempo podrá mantener esta promesa.

Unas horas más tarde Julia se despierta sobresaltada. Escucha ruidos fuera, voces. Algo desconcertada, afina el oído, pero no logra identificar lo que dicen, son apenas susurros. La tormenta ha cesado y el bosque está más silencioso que nunca. Se le encoge el estómago pensando en que puedan haberlos descubierto, que de repente su hermano eche la puerta abajo y termine con toda la paz que han conseguido. Se levanta de la cama intentando hacer el menor ruido posible. Poco a poco, y alejándose de las ventanas por si alguien pudiera verla, se acerca a la habitación de su padre. A través del cristal ve una silueta moviéndose. Contiene la respiración unos segundos. Después se arma de valor y mira. Sin embargo, la sombra se mueve con

rapidez y no logra distinguir nada. Avanza y se acerca hasta la cama de Alfonso, que duerme plácidamente. Le tapa la boca y le despierta con un ligero movimiento. Él se incorpora sobresaltado; va a quejarse, pero Julia le hace un gesto con el dedo pidiendo silencio. Después señala fuera y susurra:

—Hay alguien.

El hombre se tensa, asiente con la cabeza y se levanta despacio. Juntos se acercan a la cocina. Julia coge un cuchillo. Alfonso agarra el rastrillo que está junto a la entrada. Los dos se miran, cogen aire y abren la puerta dispuestos a encontrarse quizás con la muerte.

—¿Quién anda ahí? —levanta la voz Alfonso.

Un par de siluetas huyen con rapidez. Julia reacciona y empieza a correr detrás sin saber muy bien para qué.

—¡Parad! —grita casi suplicando, pero las dos siluetas van demasiado deprisa y Julia se detiene a tomar aliento.

Alfonso llega a su lado unos segundos más tarde.

—¿Los has visto?

—No, aún está oscuro y han salido muy deprisa.

—Qué extraño —comenta el hombre frunciendo el ceño.

Julia está de acuerdo.

—Quizás no querían atacarnos.

—Si hubieran querido hacerlo, no habrían huido...

Julia asiente sin entender nada.

A la mañana siguiente todo parece tranquilo. Julia y su padre revisan la huerta y recogen las verduras y los frutos que la tormenta no ha dañado. Después de un rato ambos se miran con extrañeza. Lo normal sería que el suelo estuviera lleno de frutas a consecuencia del temporal, pero miran alrededor y no hay nada.

—¿Crees que han sido los que estaban ayer por la noche? — pregunta Julia.

Alfonso se encoge de hombros desconcertado.

—¿De verdad alguien vendría a robar un huerto en plena noche? ¿Por qué?

—¿Por hambre? —pregunta Julia sin saber qué decir.

—Sí, pero... ¿a nosotros? Tiene que haber huertas mucho más grandes que esta y más accesibles.

Julia se encoge de hombros.

El resto del día transcurre con normalidad. Padre e hija conviven, disfrutan a veces del silencio, a veces de las risas y la mayoría del tiempo, de los recuerdos.

—Papá, en algún momento tendremos que salir de aquí, no podemos pasar la vida encerrados.

—Pero aquí estamos tranquilos. Me es difícil volver a pensar en enfrentarme a todos, ni siquiera sabemos si nos buscan.

—¿No sientes curiosidad por ver cómo está nuestra casa? ¿Si Bruno sigue viviendo en ella o dónde está Eulalia...?

—Pobre Eulalia —dice su padre suspirando—. Desaparecimos sin decir nada y no confío en que Bruno la haya tratado bien.

—Si ha sido lista, se habrá marchado.

Los dos permanecen en silencio, pero Julia hace una mueca y Alfonso se da cuenta de que algo le ocurre.

—¿Estás bien?

Asiente, pero la sonrisa no convence a nadie.

—Estás preocupada por Lucas, ¿verdad?

Julia no tiene más remedio que admitirlo:

—Hace ya dos meses que no recibo ninguna nota suya, solo hubo una y nada más.

—Quizás no haya podido...

—O puede que le haya ocurrido algo... —dice Julia con un nudo en la garganta—. ¿Y si Bruno lo ha encontrado?

Alfonso se acerca a ella y le da un beso en la frente.

—No debes pensar en eso, no va a ocurrir.

Julia asiente. Ojalá fuera tan fácil, ojalá uno pudiera elegir sus pensamientos así, chasqueando los dedos, como quien cambia de tema. Pero ella no es capaz y su mente siempre vuela hacia Lucas. Si siguen en esa casa, nunca va a saber qué está ocurriendo fuera, si él está bien, si las cosas han cambiado, si los persiguen... Hay tantas incógnitas... Julia siente que este retiro de la vida no es para ella. Quizás su padre esté satisfecho y se sienta seguro, pero a ella le queman las plantas de los pies; en cualquier momento echará a andar para marcharse lejos o para encontrar a Lucas. O a Cris. Julia también piensa en qué le habrá ocurrido, lo arriesgó todo por ella y quizás para él las consecuencias han sido terribles. Se estremece solo de pensar que haya podido sufrir. ¿Y Taty? Gracias a ella están allí escondidos, pero no entiende por qué no ha aparecido nadie, ni Taty, ni Dena, ni una sola persona de la organización... Es como si, tratando de protegerlos, los hubieran olvidado. ¿Qué puede haber tan importante ahí fuera como para que de repente se olviden de dos personas a las que supuestamente intentaron salvar arriesgándolo todo? Julia está dispuesta a averiguarlo.

Las horas pasan lentas. Julia casi puede contar los segundos, las centésimas de segundo de cada minuto. Siempre las mismas paredes, siempre la misma comida. Ya no puede más. Desde la noche de la tormenta nadie ha vuelto a rondar la casa, y Julia está tan sumamente aburrida que casi desea que vengan

de nuevo. Lleva varias horas pensando cómo podría acercarse a su padre y plantearle la situación, cómo podría decirle que se va a marchar, que no quiere estar allí más tiempo. Julia le observa mientras él anda enfrascado en la cocina con cualquier invento nuevo. Le encantan las recetas, investigar combinaciones de todo lo que tiene en la huerta, a la que cuida como si fuera suya. Julia pica las cebollas en trocitos como su padre le ha enseñado, y mientras los ojos se le llenan de lágrimas, piensa que está llegando a su límite. No aguanta más, tanto silencio está empezando a ahogarla.

—¿Te apetece probarlo? —pregunta Alfonso emocionado.

Pero Julia está harta y con malas formas le contesta que no antes de salir de la cabaña y dejar el cuchillo y la cebolla con desdén. Alfonso se queda sorprendido y ella, en cuanto escucha la puerta de la calle cerrarse a su espalda, se siente culpable. Luego tendrá que pedir disculpas, pero ahora las paredes se le caen encima; lo que antes le parecía tranquilidad ahora es puro hastío. Resopla y esconde las manos dentro de las mangas del jersey. Empieza a hacer frío, dentro de poco tendrán que encender la chimenea. Solo pensar en pasar allí el invierno le revuelve el estómago. Da unos pasos alrededor de la casa y mira hacia el interior a través de una ventana. Su padre sigue en la cocina. Se le ve relajado, feliz. Pica un poco de lo que está cocinando mientras cree que nadie lo observa. Se relame. Julia sonrío enternecida por el gesto.

Pero entonces un susurro la sobresalta:

—¡Mierda, corre!, ¡te dije que no deberíamos haber venido de día!

Julia gira la cabeza hacia el lugar de donde vienen las voces. Ve a dos niños, uno mayor, de unos trece años, y el otro podría tener unos siete. Nada más verla salen corriendo. Tiene pocos segundos para decidir. Si no va detrás de ellos, los perderá. Mira

por la ventana un segundo, no tiene tiempo de avisar a su padre. Respira hondo y echa a correr.

Son dos niños, y son realmente rápidos. Julia se fatiga pronto, pero no va a dejar que se escapen, quiere saber qué estaban haciendo en la casa, por qué han ido hasta allí para robarles comida. Corre sin parar. A cada zancada cree que no va a poder continuar, pero la curiosidad la impulsa. Y es muy fuerte. El más pequeño no va tan deprisa, sus piernecitas no alcanzan a recorrer tanto camino, y por fin, jadeando, Julia lo detiene cogiéndole del brazo en plena carrera.

—¿Qué estabais haciendo?

El pequeño intenta zafarse con todas sus fuerzas.

—¡Déjame! —grita, pero Julia le tiene bien sujeto.

—No hasta que me digas qué hacíais allí, ¿quién te envía? ¿Nos estabais espiando?

Sin que Julia lo vea venir, aparece el otro chico y tira de la mano del pequeño en sentido contrario.

—¡Déjale! ¡Es mi hermano! ¡Solo queríamos comer! —dice el mayor.

Sorprendida suelta al niño, pero lo hace tan inesperadamente que los dos caen al suelo llevados por la inercia.

—¿Habéis venido a robar? —pregunta.

—Tenemos hambre —le dice el pequeño a punto de echarse a llorar.

El mayor se saca unos tomates medio aplastados del bolsillo y se los tiende.

—Toma, ya buscaremos otra cosa. Sentimos haberlo hecho —le dice sin el menor atisbo de arrepentimiento, sino solo porque cree que eso es lo que ella quiere oír.

Julia no los coge y mira a los dos chicos sorprendida.

—¿Y vuestros padres? ¿Dónde vivís?

—Antes en la ciudad —contesta el pequeño.

—¿Y ahora? —pregunta Julia.

Los dos se encogen de hombros con cara de no saber qué contestar. El mayor coge a su hermano por el hombro, le tiende a Julia los tomates que aún tiene en la mano y le pregunta:

—¿Nos los podemos quedar?

Ella asiente con la cabeza. Contentos, los dos chicos se dan media vuelta y siguen su camino.

Pero Julia no entiende nada; que dos críos hayan corrido de esa manera por un par de tomates, dos niños que antes vivían en la ciudad... Tiene que descubrir qué está pasando, necesita ver a dónde se dirigen, hay algo que no le cuadra. Empieza a seguirlos.

Ya lleva un buen rato caminando y los chicos ni siquiera se han dado cuenta de que los sigue. Julia afina el oído, ha empezado a escuchar un ruido sordo, como un murmullo lejano. Se extraña, están en mitad del monte, no tiene sentido que se escuchen voces, y mucho menos de una multitud susurrando. Sigue un poco más y desciende por la ladera repleta de árboles.

De repente la maleza se abre y asoma una carretera. Pero curiosamente no se ve ni un pedazo de asfalto, lo único que hay es gente, mucha; muchísimas personas agolpadas en la calzada. Algunas están caminando, otras sentadas y exhaustas, la mayoría cargando maletas. Julia no puede creerlo, mira a un lado y a otro sin pestañear. ¿De dónde vienen?, ¿por qué están allí? Los dos chicos corren hasta una pareja que los espera y los abraza al llegar. Entre los cuatro comparten los tomates con ansia. A su lado un grupo con un bebé los mira con envidia. Más allá hay dos ancianos, alguna persona sola sentada en su maleta... Todos con aspecto triste, todos cansados. A su izquierda, una discusión por una bolsa, uno acusa a otro de haberla robado. Problemas. Julia intenta meterse entre la gente.

—¿Por qué está toda esta gente aquí? —dice, aunque se da cuenta de lo absurda que resulta su pregunta por la mirada que le echa un anciano con apenas un par de dientes en su boca.

—Pero ¿no sabes nada, niña?

Julia lo mira muy desconcertada; evidentemente, no.

—Aquí ya nadie tiene casa y los que la tienen no quieren vivir en ella, temen los saqueos, las represalias... Es mejor salir huyendo, donde sea..., pero lejos.

—¿Pero qué ha ocurrido? ¿Por qué?

—Han comenzado las Segundas Revueltas.

Julia se queda en blanco.